

LAS VICTIMAS EXPIATORIAS

De cómo estas costumbres son viejas y existen en muchos países incultos y civilizados, como lo comprueban las verdaderas historias y algunas leyendas comunes de Norteamérica, Canadá, Australia, la India, Siam, Queronea, las Colonias Griegas del Asia Menor, en casi todos los países de América, y entre nosotros, en las antiguas tribus de los quillasingas del Sur de Colombia.



VICTOR SANCHEZ MONTENEGRO

Todos los pueblos, desde sus remotísimos orígenes, gustan de asociar las calamidades públicas a los pecados cometidos por sus habitantes, y esta idea subsiste en las diferentes etapas de la civilización y pertenece por lo tanto a otras nuevas de la cultura ya que los dos conceptos no son lo mismo, como suele confundirse por los eruditos de pega o A la Violeta, que tal es el título de una célebre obra de don José Cadalso.

Es mi costumbre, cada vez que lanzo una idea que al parecer es desconcertante porque pudiera tener visos de increíble, citar otras costumbres de

pueblos completamente civilizados, pero ahora me viene a la memoria, que esta tesis fue nada menos que el motivo de una conferencia muy sonada, del ilustre rector de la Universidad de Madrid dictada en el teatro Colón hace algunos años y que la sostuvo con ciertos dejos de verdad, aunque realmente sin consistencia científica pues habría sido mejor para el profundo sabio español, que esa materia la hubiese tratado, bajo el aspecto de reminiscencias lejanas y sus concomitancias con los recuerdos nostálgicos que, como he dicho siempre, forman la esencia del folklore y dan el material suficiente para entretejer la inmensa red de esta ciencia, con sus relaciones inmediatas a otros conocimientos que se prestan mutua ayuda.

Hay que tener presente que, siendo el mal una consecuencia del pecado, y este es la trampa que el demonio pone a los mortales para llevárselos a sus profundos abismos, se quiera combatir primero a ese espíritu infernal, para que, como consecuencia lógica, al vencerlo, desaparezca el maleficio. Ya he tratado en parte el problema de esa lucha entre el hombre y su capital enemigo, por infinidad de medios, siendo uno de ellos, el exorcismo con todos los rituales de la ley, para lo cual se multiplican las prácticas esotéricas que recorren toda la gama del capricho humano.

Pero lo grave, como probaremos, el diablo casi nunca se presenta en persona, porque sabe que tiene un capital

enemigo y que, si antes su reino no tenía peligro, hoy sí, porque cualquiera persona lo puede desterrar si lleva un poco de agua bendita o en último término, si hace la señal de la Cruz con toda devoción y le sigue una contrición perfecta. Por este motivo, desde los comienzos lejanísimos de la Prehistoria, las gentes acostumbraban exteriorizarlos en alguna forma, y como era natural, buscaban para ello, los animales más inmundos, ciertas plantas venenosas o los hombres más degenerados o pecadores. Los grandes vendavales, las tempestades eléctricas, las galernas de los mares furiosos, las venenosas víboras eran la morada predilecta de los diablos que infestaban el espacio y la tierra; y por ello, en medio de prácticas especiales, con cuchillos o macanas herían a tales elementos, y aún es costumbre para defenderse de los brujos que quieren hacernos un mal, pensar profundamente en él y acuchillar el aire, hacia el lado en que él pudiera estar, ya en oriente u occidente, etc. De modo, que, con perdón de las honorables Madiedos del país, cuando tengan mis lectores un enemigo (que con las enemigas ya es otra cosa) métanse en sus alcobas que deberán tener las puertas y póstigos cerrados, quédense en mangas de camisa o algo menos, según la clase de enemigo, saquen un señor cuchillo y empiecen a dar tajos y mandobles al aire, en la seguridad de que habrán dado en el blanco... o en el negro!.

En cuanto a la exteriorización de los demonios, lo usual en épocas primiti-

vas de la humanidad, según lo cuentan los etnólogos, era disfrazar a muchos de demonios, y lo mismo se hacía después, con animales y objetos de diferentes clases. En California se vestían de tales a los niños contrahechos a quienes se pintarrejeaba espantosamente para estar más cerca de sus representados; se les llevaba a vivir por algunos días a las montañas, hasta que un heraldo de la divinidad anunciaba la muerte de estos seres, lo que en verdad ocurría después de algún tiempo, cuando venía como último ritual su cacería inmisericorde.

En algunas regiones del norte de ese mismo territorio, los demonios o sea los muchachos disfrazados de tales, llegaban al pueblo, con vasijas de barro, llenas de brea encendida, haciendo muecas horribles con sus caras pintarrejeadas y sus vestidos ensangrentados con figuras de monstruos espantados. Inmediatamente los defensores del poblado, trababan la pelea, en medio de truenos y gritos estentóreos y con teas encendidas para quemar a sus enemigos, mientras que las mujeres animaban a los defensores y gritaban (como es natural en ellas cuando quieren hacerlo, en lo cual nadie les aventaja) todo lo cual se hacía para atemorizar al maligno. Los demonios aparentaban vencer, y entraban a una casa de antemano convenida; mas sucedía que los campesinos entonaban el triunfo verdadero, porque allí se les había puesto la definitiva trampa en donde tenían que caer necesariamente, de donde debían ser expulsados, cosa que se celebraba

con bailes y bebidas que terminaban en toda clase de obscenidades.

En el centro de Australia, el demonio se llama Molonga y se presenta en ciertas épocas del año muy pintado para causar pavor. Dícese que el Molonga es aficionado a las doncellas, a quienes se las lleva a sus cuevas dentro de la tierra y les hace toda clase de perjuicios. Por ello, los nativos se defienden con armas punzantes y de percusión. Molonga en persona se presenta al combate con una lanza de bambú y finge atravesar a cuantos encuentra en su camino, después de lo cual, los defensores cargan sobre él, quien huye al fin, despavorido. Los demonios usan varios vehículos para aparecer sobre la tierra. Unas veces es un caballo, mas generalmente un asno; en otras un perro, un barquichuelo rústico, un animal de madera, etc. Los campesinos se ocupan después en cargar las enfermedades del pueblo sobre alimentos, como huevos, arroz y otros comestibles, pero principalmente en el tabaco, todo llevado por los habitantes. Con gritos y exaltaciones, arremeten contra los males y ordenan a los demonios que salgan inmediatamente. Los animales son propiamente las víctimas expiatorias, y los que se usan para estos rituales mágicos necesariamente habrían de ser sacrificados.

En China escogen a los hombres de mayor fuerza del poblado, quienes aparecen con armas y disfraces pintorescos, desafiando a singular combate a las enfermedades que hubieren podido traer los demonios. Para ello, las ins-

tigan con movimientos grotescos, y sus representados, aceptan la lucha en la cual salen en derrota. Los victoriosos entonan canciones de triunfo que más parecen baladros, superiores a los del Merlín de la leyenda, seguidos de bailes llenos de contorsiones excitantes, todo lo cual termina en un banquete de platos típicos y abundantes en exceso.

En la India echan las enfermedades al mar o a los ríos. En algunas regiones del Himalaya, los nativos emborrachan a un perro, lo alimentan bien y luego lo sueltan al bosque, para cazarlo como víctima propiciatoria. Al encontrar al animal los defensores del pueblo, lo sitian por todas partes hasta que le dan alcance en medio de desenfadada alegría, para sacrificarlo inmediatamente, después de lo cual, todos quedan tranquilos, porque los diablos que pasan de mil, (de aquí la frase, ¡Váyase a los mil diablos!) han huído con todos los males que trajeron, y que estaban acumulados en el can.

En otras partes, son los hombres quienes recogen los pecados del pueblo para ser alejados de sus cuerpos, mediante el sacrificio humano. El Reverendo Pastor, J. C. Taylo, refiere el caso practicado en una mujer, por los años de 1858. Dice así: "La sufriente era una mujer de veinte años. Fue arrastrada viva por el suelo, con la cara vuelta hacia abajo, desde la casa del rey hasta el río, cuya distancia era como de tres kilómetros. La multitud la seguía vociferando: Iniquidad, Iniquidad!" En esta forma se daba a entender que tal persona, llevaba en sí

todas las enfermedades del país. El cuerpo arrastrado de una manera despiadada, daba a entender que todo el peso de los pecados con sus consecuencias se alejaban para siempre.

En Siam, cogían a una mujer de mala vida y la ponían sobre unas andas para pasearla por todas partes golpeándola sin misericordia, insultándola con las palabras más soeces, pues creían que en esta forma la mujer, que siempre llegaba a morir, se llevaba consigo los demonios, y con ellos, todas las enfermedades de la población. Lo curioso del caso, es el que en estas fiestas, y especialmente al castigar a los viciosos, el pueblo, en lugar de enmendarse, desenfadaba sus pasiones de tal modo, que recorría toda la gama de pecados carnales. La imaginación primitiva no se contenía con sacrificar a hombres, animales, árboles, etc., sino que para combatir a los demonios, expulsaban por sus altares, hasta a sus mismos dioses, porque no habían oído sus clamores. Para ello representaban a estos con figuras ridículas y los sacrificaban en medio de espectaculares escenas. La historia de Roma antigua, nos muestra infinidad de casos llenos de ceremonias cruentas, cuya sola enunciación formaría un catálogo interminable. Los escritores en esa época, nos relatan los paseos que hacían con un hombre escogido como víctima para terminar echándolo de la ciudad, como un hombre en las ceremonias de MAMURIUS VETURIIS, o sea el viejo Marte. En Queronea, la ciudad griega en donde nació Plutarco, se hacía con rituales

rarísimos, la expulsión del Hambre, representada en un esclavo a quien lo tundían a palos hasta dejarlo medio muerto.

En la colonia de Marsella, el castigo era aún más grave, pues escogíase a un hombre pobre y abandonado de todos, a quien se alimentaba y vestía espléndidamente por un año entero después del cual, se le llevaba en escandalosa procesión, y se le lapidaba fuera de las murallas de la ciudad. En esta forma, la víctima se llevaba a todos los diablos juntos que habían infestado a los habitantes y con ellos, los males acumulados en ese lapso.

En otras regiones de las colonias griegas, las mujeres reclamaron su parte activa ya que, como sucedía en el caso anterior, la víctima se llevaba de preferencia los males del sexo masculino, y por ello, posteriormente había también una mujer de por medio para hacer los mismos experimentos para la salvación de su sexo. En Léucades, desde El Salto de los Amantes, en recuerdo del sacrificio de SAFO, cada año se arrojaba al mar a una pareja que se suponía con este sacrificio, se llevaba a los profundos abismos todas las calamidades públicas por ella representadas. Junto al promontorio de la leyenda, se alzaba el santuario de Apolo, y sus fiestas coincidían con las ceremonias de la expiación, pues había en todo esto una especie de concomitancia, ya que el culto a la poesía, a la música y a las Bellas Artes en general, estaba en armonía con el de la salud y la belleza de las formas.

En las Colonias Griegas del Asia Menor, la acción era un tanto más lógica, pues se escogía como víctima al más deforme de los vecinos. Se le flagelaba con ramas de sauce, que tenían mágicas virtudes para desterrar ciertas enfermedades. En Hungría, y hasta no hace una centuria, se relacionaba la esterilidad de las mujeres con la posesión constante de un demonio que no las dejaba engendrar o que desbarataba la concepción, y para curar el mal se le daba de palos, con uno que hubiera servido para separar una pareja de perros, pero lo grave es que ellas protestaron, porque pudieron demostrar que al cambiar de dueño, el demonio se iba furioso y un niño llegaba a su debido tiempo... Y por tal motivo, la paliza la recibía el macho para curarlo, aunque algunos dicen que... ni siquiera con esa se conseguía sanarlo.

Según cuentan los primeros cronistas de Indias, tanto en la civilización azteca, como en la muisca y en la incaica, existía la misma creencia de los demonios como portadores de enfermedades, y por ello, tenían pactos con el diablo, como lo anota especialmente, de los quillacingas del actual sur colombiano, Cieza de León en su *Crónica del Perú*. Estas gentes, según el famoso autor, conversaban con el demonio y le rendían culto, especialmente para suplicarle que los sacara vencedores de sus guerras con tribus enemigas o para que los curara de sus fatales dolencias.

En los mitos y rituales que he recogido de estas tribus quillacingas, he encontrado infinidad de casos que ser-

virían para probar mi tesis, pero por ahora y para terminar este capítulo, baste recordar lo que hacía el cacique del Colimba entre Guachucal y Chambú, dueño casi exclusivo de toda la famosa sabana, con excepción tal vez del Cacique Tucarres, cuya población estaba sentada como ahora, la ciudad que aún lleva su nombre, con los cambios fonéticos del caso, Túquerres. Al final de la feraz llanura se elevan los volcanes de nieves perpetuas del Chiles, del Oreja y del Cumbal, además del Mallama coronado por el monolito del Gualcalá, el más grande del mundo, y el volcán del Azufral, que en épocas de la conquista se llamaba Pillán, (azufre) o sea el diablo, por el olor insupportable de azufre que despide, ya que realmente tal promontorio, es uno de los más grandes depósitos de este mineral que debería explotarse en grande escala.

Cuando los volcanes antedichos entraban en acción con sus fumarolas y penachos de humo de varios kilómetros de altura, con los correspondientes sacudimientos sísmicos que destruían poblados enteros y sepultaban con sus lavas a millares de indígenas, las doncellas hijas de los principales curacas enguarnaldadas con hojas de Chilca y coronadas con flores rojas de **guamuca**, de cuyas pepas hacían una mortal bebida, bailaban alrededor de una fogata hasta caer extenuadas, teniendo en

cuenta que cuando esto sucedía, ya estaba dispuesto el hoyo en donde sus cuerpos caían, para ser cubiertos con la tierra que se había excavado.

Y para que se vea que esta costumbre todavía no ha muerto, aunque con los indispensables cambios de la actual civilización, copio un viejo cable de Chile: Valdivia, agosto 5 de 1955 (U.P. Publicado en el **Espectador** del 6). Las reducciones de indios mapuches, están realizando el "Guillatún" ceremonias rituales, danzas, cánticos, etc., para aplacar a "Pillán" (diablo). Nótese que lleva el mismo nombre que tenía el nuestro, que según ellos, ha provocado la erupción de la zona de Rininahue, erupción que ayer entró en su décimo día sin decrecer en intensidad. Se ve, pues, que sin plagiarse, la humanidad es la misma a través del espacio del tiempo que tiene en muchas ocasiones iguales costumbres o ritos, en la mayor parte de las veces, se trata de que en las mismas, circunstancias con iguales anhelos para defenderse, las creencias son más o menos idénticas, y los rituales acostumbrados, son parecidos, porque un mismo sentimiento las ha inspirado. Los cambios se relacionan con el grado de cultura dentro de las respectivas etapas de la civilización y las prácticas acostumbradas en ciertos casos, son apenas reminiscencias de épocas pasadas, que la Ciencia del Folklore deberá recoger.